

FLORECILLA

CUENTO DE ANDERSEN



PRIMERA EDICIÓN

FLORECILLA

CUENTO DE ANDERSEN



Sección Infantil
Versión española de JOSÉ MARÍA HUERTAS

Dibujos de FREIXAS

COLECCION MIS PRIMEROS CUENTOS



Urgel 245 — BARCELONA

Gorostiaga 1650 — Bs. AIRES

COLECCION
MIS PRIMEROS CUENTOS

PUBLICADOS

- 1—Blancanieves.
- 2—Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.
- 3—La Cenicienta.
- 4—Barba Azul.
- 5—Pulgarcito.
- 6—Aladino o La Lámpara Maravillosa.
- 7—El Agua Milagrosa.
- 8—Los tres Pelos del Diablo.
- 9—El Rey Cuervo.
- 10—Caperucita Roja.
- 11—La Vieja de los Gansos.
- 12—Floreccilla.
- 13—Un Sastrecillo Valiente.
- 14—La Casita del Bosque Encantado.
- 15—Gulliver, en el País de Lilibut.
- 17—El Mago de Oz.
- 18—Historia del Enanito Muck.
- 19—Pinocho.

EN PREPARACION

- 20—Robinson Crusoe.
- 21—Aventuras y Desventuras de Don Quijote

PRECIO DE CADA TOMO \$ 1.50

Primera edición: julio 1939

Segunda edición: noviembre 1940

Es propiedad en lo referente a los derechos en español de la presente
versión e ilustraciones

Copyright, 1940 by EDITORIAL MOLINO

Impreso y editado en Buenos Aires (Argentina) - Printed in Argentina
TALLERES GRAFICOS DE EDITORIAL MOLINO — BUENOS AIRES



DUES señor, hace ya muchos años, había en cierto país, muy lejano, una buena mujer que se sentía sumamente desgraciada porque no tenía hijos.

Tantos eran sus deseos de tener una hija, porque era una niña lo que quería, que cierto día se fué a una montaña que se alzaba en las afueras del pueblo, donde había una cueva en la que moraba cierta bruja, famosa en veinte leguas a la redonda por el gran poder de que era dueña.

—Hola, bruja, —dijo la mujer, al encontrarse con la hechicera. — ¿Podrías hacerme un favor? Dicen que eres muy poderosa, y por eso acudo a tí.

—¡Jum, jum, jum!—gruñó la bruja.—Dime lo que quieras.

—Siento el grandísimo deseo de tener una niña. Pero querría que esa niña fuese muy chiquitina y que jamás creciera. ¿Sabrías decirme dónde podré encontrarla?

—¡Ah! Conque eso es lo que quieres ¿eh? ¡Jum, jum, jum! Conque es eso, ¿eh? Bueno, bueno. . . Pues ya veremos la manera de complacerte. Creo que tengo por ahí algo que te puede servir. Espérate un poco.

Se metió la vieja dentro de su casuca, en tanto que la visitante aguardaba presa de gran emoción junto a la puerta. La bruja anduvo buscando y revolviendo por entre los muchos trastos que abundaban por todas partes, y, al fin, volvió de nuevo adonde le aguardaba la futuramadre. Llevaba en la mano cerrada algo que tendió a su visitante, al tiempo que le decía:

—¡Vaya, vaya! Encontré lo que buscaba. Tómallo.

—¡Pero si esto es una semilla de cebada!—exclamó la visitante al recibir lo que le daba la hechicera.

—¡Je, je, je, —rió la vieja—. Sí, desde luego, es una semilla de cebada. Pero no es de la misma clase que las demás que crecen en los campos y sirven para alimentar a los pequeñuelos.

—¿Y qué he de hacer con ella?

—Siébrala en un tiesto, y ya verás lo que te saldrá.

—¿Sí? ¡Ay, gracias; muchas, muchísimas gracias!
¡Qué contenta estoy!

Y, efectivamente, lo estaba tanto, que dió a la bruja doce monedas. Bajó, luego, corriendo la montaña, y así que llegó a su casa, plantó la semilla de cebada en un tiesto.

¡Y cosa de brujería! Inmediatamente después que hubo regado el tiesto, apareció un tallo, luego unas hojas y finalmente una flor muy grande y hermosa. Era la



—¡PERO SI ESTO ES UNA SEMILLA DE CEBADA!

tal flor una especie de tulipán de delicados colores, si bien sus pétalos permanecían fuertemente cerrados, igual que si hubiera sido un capullo.

Como anocheecía, la buena mujer, que se sentía feliz como nunca lo fuera, decidió cenar y acostarse. Ansiaba que llegara el nuevo día, para ver lo que le ofrecía la flor embrujada.



A PENAS alumbró el sol, nuestra mujer abandonó el lecho, donde apenas si pudo pegar los ojos en toda la noche, y corrió a la ventana, en la que se hallaba el tiesto con la extraña flor.

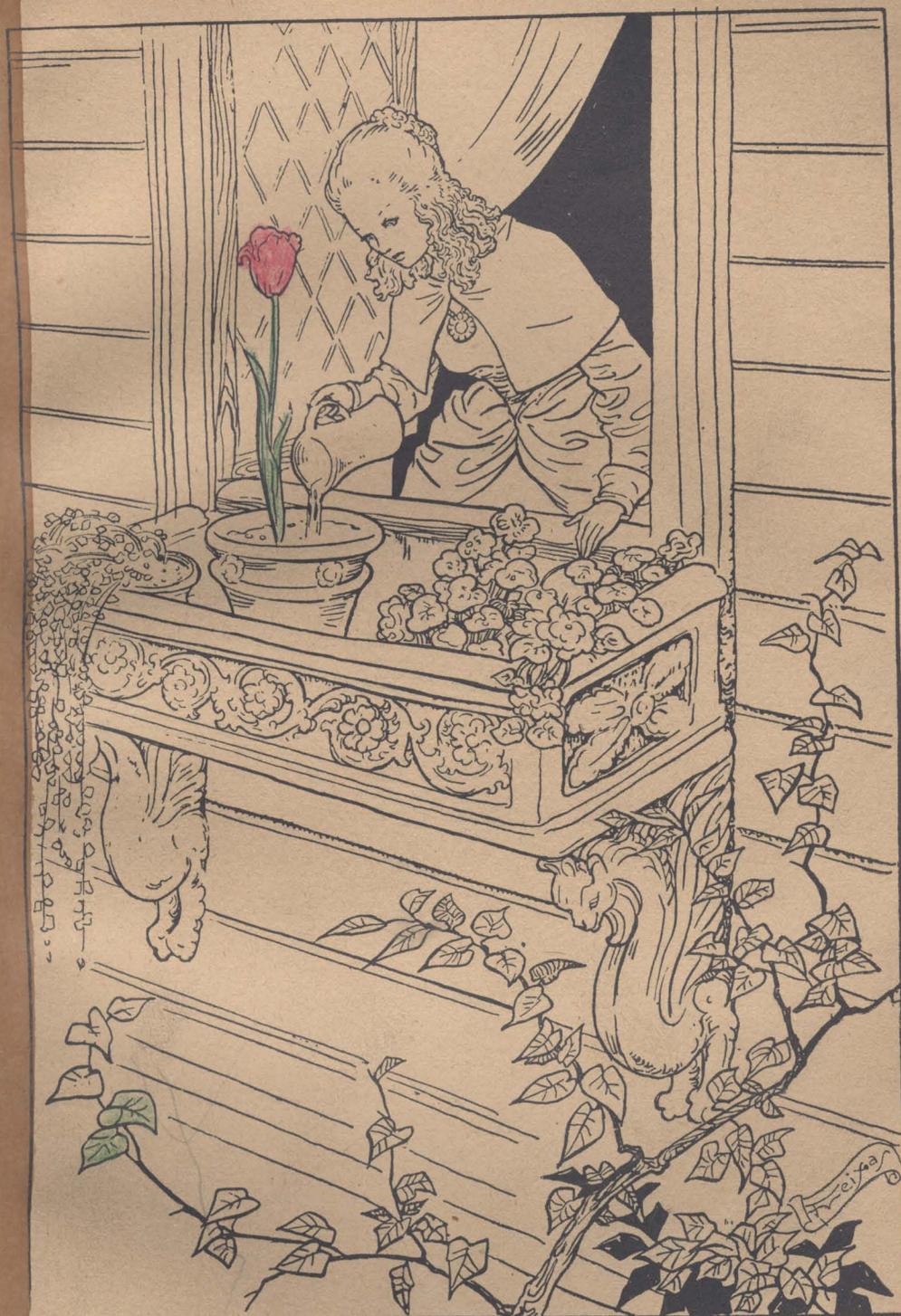
Esta se había convertido ahora en un verdadero tulipán. Los pétalos, que eran rojos y amarillos, continuaban cerrados. A pesar de esto, la flor resultaba tan hermosa, que, entusiasmada, la buena mujer no pudo resistir el deseo de darle un beso.

¡Oh, maravilla! Al punto la linda flor se abrió, produciendo un leve estallido. ¡Y en el centro del hermoso tulipán apareció sentada una pequeñísima niña, tan hermosa y delicada como podáis imaginaros!

¡Qué alegría la de aquella madre! Al fin conseguía tener la hijita tan suspirada! Y que era tan hermosa y chiquitina como ella deseaba. ¡Ah, cuán dichosa era!

¿Y cómo iba a llamar a aquella preciosidad de criatura? Porque el nombre había de ser digno de la figurita y la belleza de la niña. . .

La mujer se puso a cavilar y a cavilar. Y al final,



APARECIÓ UN TALLO, LUEGO UNAS HOJAS Y FINALMENTE UNA FLOR MUY GRANDE Y HERMOSA

como era tan chiquitina y había nacido en una flor, determinó llamarla Florecilla.

Si la madre parecía contenta, Florecilla no demostraba estarlo menos. Era muy cariñosa y su mamá se desvivía procurándole comodidades.

Media cáscara de nuez sirvió magníficamente de cuna para Florecilla. Su mamá se la acolchó debidamente y no contenta con esto, se la barnizó además con el mayor esmero. Los morados pétalos de una violeta fueron utilizados por la buena mujer para colchón de su hijita, el pétalo de una rosa convirtiéndose en cobertor.

Eso para la noche, que por el día, Florecilla era reina y señora de la mesa del comedor. Su madre adoptiva le tenía puesto un plato lleno de agua cuyos bordes estaban cubiertos de flores y los tallos de éstas permanecían sumergidos en el agua que llenaba el plato. Florecilla pasaba la vida en medio de las flores, encima de una hoja de tulipán que le servía de embarcación. La niñita, gracias a su perfumada barquichuela, navegaba de uno al otro extremo del plato. Los remos eran unas crines blancas de caballo.

¡Qué lindo resultaba verla jugar así! Además, como Florecilla sabía cantar con mucha delicadeza y gracia, oírla era realmente delicioso. Y su mamá se tenía por la más feliz de las mujeres.

Pero una noche . . .



LORECILLA se hallaba ya tendida en su linda cama. Un horrible sapo, tan grande y feote que daba miedo verle, apareció en el antepecho de la ventana; había saltado allí desde el suelo. Luego, entró en la habitación donde estaba la niñita, pues en la ventana había un vidrio roto.

El feo y viscoso sapo saltando, saltando, subióse a la mesa donde estaba nuestra Florecilla, profundamente dormida en su cáscara de nuez y cubierta por el pétalo de rosa.

Al animalote se le encandilaron los ojillos mirando a la dormida criaturita.

—¡Vaya una linda mujer para mi hijo!—gruñó el bicharraco.

Sin pensarlo dos veces apoderóse del cascarón de nuez en que seguía durmiendo Florecilla. Y, a grandes saltos, como había venido, se dirigió a la ventana y luego salió al campo.

No muy lejos de la casa había un riachuelo bastante ancho, de orillas fangosas y resbaladizas. Allí moraban el señor Sapo y su hijo, que era tan horrible y asqueroso como su señor padre.

—¡Cuá, cuá, cuá! ¡Brequequé!

Esto fué cuanto supo decir Sapito al ver la linda niñita, dormida en su diminuto lecho.

—¡Cuac, cuac!—se apresuró a croar el señor Sapo.—No hables tan alto, que podrías despertarla. Y quizá, aun se nos escaparía. Verás: vamos a dejarla sobre una

de las anchas hojas de lirio, que hay en medio de la corriente. Como Florecilla es tan pequeñita y ligera, se creerá que la hoja es una verdadera isla. Y no se nos podrá escapar de allí, pues la asustará el agua. Entretanto nosotros iremos a preparar tu casa debajo del fango, donde irás a habitar con ella.

Efectivamente, en el riachuelo crecían varios lirios acuáticos, cuyas hojas flotaban en el agua. Y daba la coincidencia de que la más alejada de la orilla era también la mayor. El señor Sapo transportó a ella a Florecilla, que aun seguía dormida en su cascarón de nuez.

A la mañana siguiente, como tenía por costumbre, nuestra heroína se despertó muy temprano. Al verse allí, tan sola, la pobrecilla se asustó mucho. El agua rodeaba por todas partes la verde hoja y Florecilla se veía incapaz de llegar a tierra. Así que empezó a llorar amargamente.

Sentado en el barro de la orilla, estaba el señor Sapo. Con tallos de hierba y renuevos de plantas acuáticas, iba preparando la habitación que destinaba a su hijo y a Florecilla. El bicharraco lo hacía lo mejor posible, en honor de la que quería fuese la esposa de su hijo; pero, de todos modos, la habitación quedaba muy mal.

No hizo mucho caso del desespero de la pobrecita niña, y sólo al cabo de mucho rato, se dirigió a nado hacia la hoja de lirio, donde se hallaba Florecilla.

El viejo Sapo se plantó ante la niñita, quien se asustó mucho, y volvió a asustarse, cuando apareció el feo de Sapito. El padre le saludó con una profunda reverencia.

—Te presento a mi hijo—dijo señalándolo—; se llama Sapito y lo vas a tener por marido. El y yo te hemos cons-



LA NIÑITA, GRACIAS A SU PERFUMADA BARQUICHUELA, NAVEGABA DE UNO AL OTRO EXTREMO DEL PLATO

truído una hermosa casa de barro en aquella orilla. Te gustará mucho y vas a vivir muy bien.

Sapito, al oírse nombrar, hizo una torpe reverencia, imitando la de su padre, y chilló:

—¡Cuá, cuá, cuá! ¡Brequequé!

Era tan torpe, que no sabía decir otra cosa.

Florequilla, por su parte, no supo qué contestar. Tan asustada quedó.

El señor Sapo, por lo visto, no esperaba que dijera nada. En efecto, estaba convencido del honor que le hacía al concederle la pata de su hijo como esposo, que no esperaba la menor oposición. Así que, sin aguardar más, cogió con su hijo el diminuto lecho de Florecilla y con él a cuestas se encaminaron nadando hacia la orilla.

La pobre niñita volvió a quedarse sola en la verde hoja. ¡Y cómo lloraba, presa de la mayor desesperación! Ella no quería vivir con el feo Sapito y mucho menos tener por marido a tan horrible animal.

Los pececillos que vivían en las aguas del riachuelo, se enteraron de lo que ocurría. Y como era un acontecimiento en su pequeño mundo que el señor Sapo hubiera encontrado mujer para su hijo, asomaron sus cabecitas fuera del agua para conocer a la que iba a ser la señora de Sapito.

Pero al ver lo linda que era, se entusiasmaron, y al contemplarla tan desesperada experimentaron, a la vez, la mayor pena de que una criatura tan hermosa, estuviese condenada a vivir con el feote de Sapito.

Y decidieron que tal cosa no ocurriría

Se reunieron bajo el agua, en torno del tallo que sostenía la hoja del lirio, y lo royeron con sus dientecitos



...SE DIRIGIÓ A LA VENTANA Y LUEGO SALIÓ AL CAMPO

hasta que la verde hoja quedó libre y pudo ser arrastrada por las aguas.

Florequilla se alejó rápidamente. Y cuando los sapos se dieron cuenta de su huída, no pudieron alcanzarla.



A hoja pasó por delante de muchos lugares, con la niña sentada encima. Los pajarillos que estaban posados en los árboles y en las ramitas de las matas, quedaban maravillados al verla.

—¡Qué niñita tan hermosa!—piaban entusiasmados.

En tanto, la hoja que llevaba a Florecilla, seguía navegando corriente abajo. Por fin llegaron a un país completamente distinto al que hasta entonces conociera nuestra amiguita.

De pronto, una linda mariposa blanca, atraída por la figurilla de la nena, empezó a revolotear por encima de la hoja. Y finalmente fué a posarse en aquella, pues se había encariñado con Florecilla.

¡Qué feliz se sintió entonces la niña! Además de que el señor Sapo ya no podría alcanzarla y de que, por otra parte, la hoja se la llevaba a través de un país maravilloso, había encontrado una amiguita.

El sol resplandecía en el agua, que parecía ser de oro líquido. . .

La niñita se quitó el cinturón que sujetaba su vestido, y tras pedirle permiso, pasó un extremo por la cintura del insecto, atando la otra punta del cinturón al tronquito de la hoja. Merced a este procedimiento, la frágil embarcación avanzó más deprisa que hasta entonces,



EL PADRE LA SALUDÓ CON UNA PROFUNDA REVERENCIA

en tanto que Florecilla sentada en ella, contemplaba las orillas.

Hacía poco rato que navegaba de esta guisa, cuando llegó volando un gran escarabajo. Revoloteó por encima de la niña, dió un par de vueltas y finalmente, como si se decidiera, agarró a Florecilla por su esbelta cintura y se la llevó volando hasta las ramas de un árbol que crecía junto a la orilla. La hoja siguió corriente abajo, arrastrada por la mariposa.

¡Uy, y cuánto se asustó nuestra pobre Florecilla al sentirse arrebatada por el escarabajo! Sin embargo, cuando se vió en el árbol y contempló como se deslizaba río abajo la mariposa, prisionera de la hoja de lirio, la pobre niñita sólo se preocupó del desgraciado insecto: como no consiguiera libertarse, perecería sin remedio.

Al señor Escarabajo le importaba muy poco la suerte que pudiera correr la pobrecita mariposa. Luego que hubo llevado a la niñita a una de las hojas mayores que había en el árbol, se apresuró a ofrecerle miel de las florecillas que había por allí cerca.

Al mismo tiempo y en tono campanudo, le hizo saber:

—¿Sabes que eres muy hermosa? ¡Y eso que no te pareces en nada a un escarabajo!

Muy orgulloso de su hallazgo, el señor Escarabajo informó a los compañeros que vivían con él en aquel árbol, el gran hallazgo que había hecho. Los demás escarabajos, llenos de curiosidad, acudieron a conocer a Florecilla. Uno tras otro examinaron atentamente a la niñita, y si bien los caballeros escarabajos encontraron a la niña pasable, no ocurrió lo mismo con las señoritas escarabajos.



...Y LO ROYERON CON SUS DIENTES

Sus comentarios fueron muy despectivos.

—Solamente tiene dos patas y eso es de muy mal gusto—dijo una.

—¿Os habéis fijado? —agregó otra.—Carece de antenas. Y su cintura es tan estrecha que casi se parece a un ser humano pequeñito.

Y una de las madres escarabajo, aseguró:

—¡Es muy fea!

La verdad era que Florecilla resultaba hermosísima. Esto mismo había creído hasta entonces el escarabajo que la raptara y por eso mismo la capturó. Mas al ver que los demás aseguraban y volvían a asegurar que era muy fea, acabó por dudar de su propio gusto y perdió el interés por la niñita.

Como la chiquilla estorbaba en el árbol, con ayuda de otro compañero escarabajo, la tomaron y bajaron al pie del árbol, dejándola encima de una margarita.

Allí la pobrecilla se echó a llorar, dolida de que por haberla encontrado tan fea los escarabajos, ni siquiera la habían querido conservar a su lado. Pero esa era la opinión de los tontos escarabajos —repetimos—; en realidad, Florecilla resultaba mucho más hermosa que cuanto podríais imaginaros, y tan fina, delicada y transparente como el más lindo pétalo de una rosa.

Pronto, sin embargo, se le pasó la tristeza a la niñita. Era muy bello cuanto la rodeaba, y aparte de esto gozaba de una absoluta libertad.

Y Florecilla se consideró muy feliz.



UNO TRAS OTRO EXAMINARON ATENTAMENTE A LA NIÑITA

W. J. P. R. I. V. E. R.



UESTRA niña hubo de vivir todo el verano completamente sola en aquella parte del bosque.

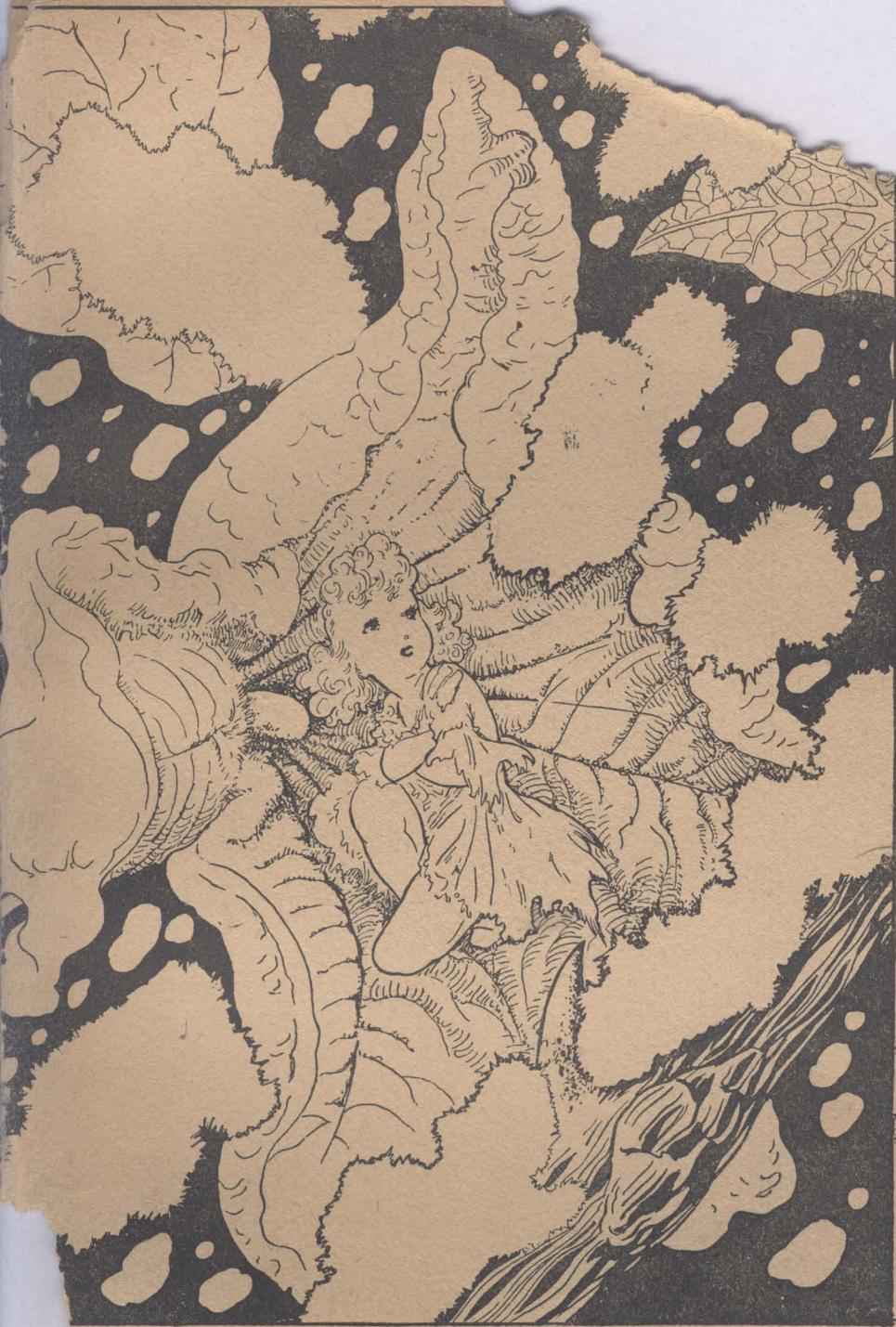
Como era muy hacendosa, pronto se hubo tejido una especie de lecho-hamaca con hierbas, cama que resultaba una verdadera monería. Luego que estuvo hecha, la colgó del tallo de una hoja que la protegía del sol y de la lluvia. El alimento le era fácil conseguirlo: se lo proporcionaba con la miel de las flores, y las gotas de rocío le permitían apagar la sed.

Así transcurrieron el verano y el otoño, hasta que, al fin, llegó el invierno. En cuanto vino la mala estación, todos los pajarillos que solían cantar dulces tonadillas para deleitar a la niña, se alejaron huyendo del frío. La hoja que servía de protección a la niña se secó, no quedando de ella otra cosa que un tallo y una hoja amarillenta.

La pobre Florecilla, además de quedarse sin abrigo, temblaba de frío, pues su ropa estaba ya desgastadísima y demás era de verano. ¡Pobre niña! Tan pequeña como era, parecía indudable su muerte por el frío.

No tardó en empezar a nevar y con esto aumentaron los tormentos de la chiquitina. En efecto, cada copo que le caía encima representaba para ella una paletada de nieve que nos hubieran arrojado a cualquiera de nosotros, pues debemos recordar que apenas medía dos centímetros de altura.

Era terrible el frío que pasaba Florecilla. Un día tra-



NO TARDÓ EN EMPEZAR A NEVAR

ada en extremo por el aspecto d

aso:

...eres, puedes pasar el invierno conmigo. Lo único que tendrás que hacer será ayudarme a limpiar la casa. Y también, si quieres, me contarás cuentos que me gustan mucho.

Florequilla se sintió muy contenta ante aquella bondadosa oferta. Aceptó encantada y prometió a doña Rata que le contaría muchos cuentos, como así hizo todos los días, luego de comer y cenar. Y estaba muy contenta por haberse quedado; vivía muy bien y en la mayor comodidad.



UN CERTO día dijo doña Rata a la niña:

—¿Sabes? Hoy vamos a tener una visita. La de mi vecino que suele venir una vez por semana. ¡Ah! Mi vecino es

todo un señor importante; vive en una casa mucho más bonita que la mía. Las habitaciones de su vivienda son muy grandes. Además, ¿sabes?, lleva un hermoso traje de terciopelo negro. ¡Es más lindo! Si logras conseguirlo para marido, podrías darte por muy afortunada. Pero eso que debo advertirte que ese amigo y vecino mío tiene un defecto: es ciego. Pero no te importe, a pesar de eso es un partido envidiable. Así que convendrá que le relates los más lindos cuentos que sepas.

A Florecilla le gustaron muy poco los planes que mostraba tener doña Rata con respecto a ella. Desde que no diría nada al vecino de su protectora, el ciego sencillamente, el señor Topo.

En efecto, aquella tarde compareció el tal señor Topo luciendo su hermoso vestido de terciopelo negro. Llevaba unas gafas con montura de oro, cuyos cristales eran ahumados, y se apoyaba en un pulido bastón, con la montura también de oro.

Doña Rata no había cesado de ponderar a su vecino; repitió una y otra vez que era muy rico e inteligente. Que su casa resultaba por lo menos veinte veces mayor que la que entonces habitaba Florecilla. Le ponderó también la instrucción que tenía el señor Topo, que, dijo, era vastísima si bien no le gustaban ni el sol ni las hermosas flores. Lo cierto era que si no le gustaban y menos hablaba de ninguna de esas cosas, se debía a que jamás había tenido ocasión de verlas.

Sin embargo, a pesar de sus propósitos, Florecilla no tuvo más remedio que entonar unas pocas canciones y referir algunos cuentecitos si bien ella procuró que fueran de los más cortos.

¡Uy, lo que se entusiasmó el señor Topo! Tanto le agradó lo que oyera, que se enamoró de la niñita, desde luego a causa de su lindísima voz. De todos modos, no manifestó los sentimientos que abrigaba, pues era muy reservado y discreto.

Justamente, por aquellos días, había terminado la construcción de un largo túnel que iba desde su casa a la de doña Rata. Para corresponder a las atenciones que había tenido con él, hizo saber a su vecina y a Florecilla que podían recorrerlo cuantas veces quisieran.

Doña Rata palmoteó con sus patitas, y dijo al punto:

—¡Ah, pues yo quiero verlo en seguida!

—Pues por mí, encantado — aseguró el señor Topo. — Unicamente he de advertiros, señoras mías, que no os

asustéis de un pájaro muerto que encontraremos. Es un pájaro entero, con plumas y pico, que habrá muerto a principios de invierno.

El señor Topo cogió un pedazo de madera mohosa—que es fosforescente en la obscuridad—y que había dejado a la puerta de la casa de su amiga. Con la luz en alto precedió a ésta y a Florecilla en el recorrido del largo paso. Cuando llegaron al lugar en que yacía el pájaro, el señor Topo, en honor de sus vecinas, levantó el hocico hasta el techo y empujó con fuerza para practicar un agujero que permitiese el paso de la luz exterior.

De este modo, Florecilla pudo ver en el suelo una golondrina muerta, con las lindas alas fuertemente pegadas a sus costados y la cabeza y las patas recogidas bajo el plumaje. Seguramente que la pobrecilla se habría muerto de frío. Nuestra amiguita la compadeció de todo corazón, porque sentía afecto por todos los pájaros que tanto y tan bien habían cantado para ella durante el verano.

En cambio el señor Topo demostró no quererles nada. Dió un fuerte golpe con una de sus patas a la infeliz ave, y dijo despectivamente:

—Ahora ya no podrá píar más. ¡Debe de ser una gran desgracia nacer pájaro! A Dios gracias, ninguno de mis hijos llegará a ser pájaro. Esos miserables solo sirven para píar y morirse de hambre en el invierno.

Doña Rata, dando grandes cabezazos de asombro y en tono convencido, agregó a su vez:

—Realmente, como animal inteligente que sois, habéis de pensar así. ¿De que le sirven todos sus trinos a un pájaro en cuánto llega el invierno? Entonces no le queda más recurso que morirse de hambre y de frío.



—¿SABES? HOY VAMOS A TENER UNA VISITA

Florequilla oyó silenciosamente aquellos comentarios tan crueles. No pronunció una sola palabra, pero en cuanto sus compañeros hubieron vuelto la espalda al pájaro, se inclinó, buscó y alisó las plumas de la cabecita—que como hemos dicho tenía oculta—y aún le besó los cerrados ojos.

—Tal vez fué este mismo pájaro que tan dulcemente cantó para mí el verano pasado—murmuró.—¡Tanto como me gustó su canto!

Se enderezó presurosa, pues volvía el señor Topo. Se había olvidado de cerrar el agujero que dejaba pasar la luz del día.

Luego las llevó a su lujosa casa y tras obsequiarlas, las condujo de nuevo a través del túnel a la morada de doña Rata, en donde se despidió muy atentamente.



QUELLA noche, Florecilla no pudo conciliar el sueño.

En cuanto se levantó de la cama, cogió un poco de heno con el que tejió una especie de esterilla. Así que hubo terminado su trabajo, lo llevó a la galería y al llegar al punto en donde se encontraba el pájaro, lo abrigó con la citada esterilla y también con un poco de algodón en rama que había encontrado en la vivienda de doña Rata. La niña pensó que así tendría el avecilla quizá un poco más de calor sobre la helada tierra.

—Adiós pajarito—murmuró, luego que hubo terminado sus cuidados;—adiós y muchas gracias por tus cantos del verano, cuando los árboles eran verdes y el sol nos mandaba sus cálidos rayos.



...LEVANTÓ EL HOCICO HASTA EL TECHO Y EMPUJÓ

Pero pese a sus propósitos de alejarse, no pudo hacerlo sin abrazar de nuevo a la pobre avecilla. Apoyó la cabeza sobre el pecho de la golondrina y, ¡oh, sorpresa!, percibió un leve ruido, como si algo se agitara dentro. ¡Cuán grande fué el asombro de Florecilla!

Y sin embargo no tenía porqué. Lo que había oído era el corazón del pájaro que no estaba muerto, sino sencillamente arrecido de frío, y que al ser abrigado por la niña empezó a reanimarse.

Como ya sabéis, en otoño todas las golondrinas emprenden el vuelo hacia los países cálidos. Si una de ellas se retrasa, siente de tal manera el frío, que se cae al suelo, como muerta, y allí permanece hasta que la cubre la nieve.

Luego de la alegría, Florecilla sintió miedo, pues la golondrina resultaba enorme a su lado, ya que, como ya hemos dicho, la niñita sólo medía un par de centímetros de altura.

Sin embargo, haciendo acopio de valor, rodeó lo mejor que pudo el cuerpo del pájaro con el algodón en rama. No contenta con esto, fuése corriendo a la casa de doña Rata y allí cogió la hoja de menta, que utilizaba como cobertor, y la puso sobre la cabeza de la golondrina.

A la noche siguiente, acudió nuevamente a su lado, y con la mayor satisfacción, se encontró con que el pájaro estaba vivo, si bien tan débil, que solamente tuvo fuerzas para abrir un momento los ojos y mirar a la niña. Esta se alumbraba merced a un pedazo de madera mohoso, que sostenía en la mano, ya que no disponía de otra luz artificial que aquella.



Freya

—¡TANTO COMO ME GUSTÓ SU CANTO!

Luego de un ratito que Florecilla se encontraba allí, la Golondrina murmuró:

—Gracias, muchísimas gracias querida y buena niña. Al abrigarme y darme calor como los has hecho, me has devuelto la vida. No tardaré en tener fuerzas suficientes para emprender el vuelo y salir a ver el sol.

—¡Oh, no!—replicó la chiquilla.—Fuera de aquí hace mucho frío, ¿sabes? Nieva y hiela todos los días, así que lo mejor será que no te muevas. Aquí estarás muy calentita.

El pájaro se conformó.

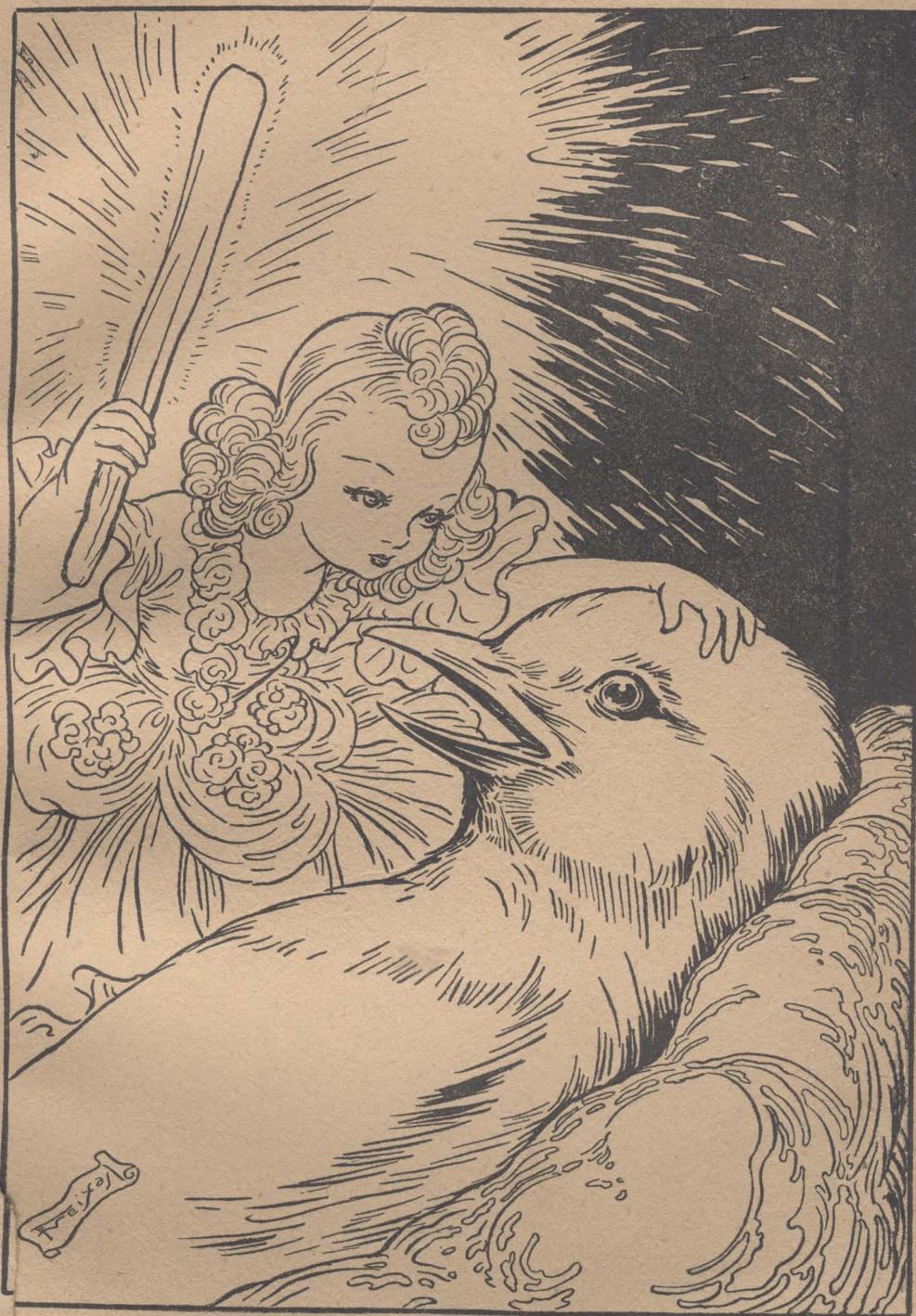
Entonces, Florecilla llevó un poco de agua a la Golondrina en una hoja. Así que se la hubo bebido, el avecilla se explicó así:

—Tuve la desgracia de desgarrarme el ala en un espino y eso me impidió emprender el vuelo con mis hermanas cuando iniciaron el viaje hacia tierras más cálidas. Intenté volar muchas veces, hasta que por último me caí al suelo. Luego ya no recuerdo nada más, ni tengo la menor idea de cómo he venido a parar dentro de este túnel.

La Golondrina permaneció allí donde se encontraba durante todo lo que quedaba del invierno. Florecilla estaba muy contenta, y acabó cobrando intenso afecto por el pájaro.

Por supuesto que la niña se guardó muy bien de hacer saber a doña Rata o al señor Topo, la menor noticia acerca de lo que le pasaba con la Golondrina, ya que ni una ni otro sentían ninguna simpatía por los pájaros.

En cuanto llegó la primavera y el calor del sol penetró en la tierra, la Golondrina se despidió de Florecilla, que abrió para ella el mismo agujero que meses atrás



—...GRACIAS, MUCHÍSIMAS GRACIAS, QUERIDA NIÑA

practicara el señor Topo en el techo del túnel. El sol brillaba alegremente sobre ellas y la Golondrina invitó a la niña a que la acompañara, cosa que podría hacerse fácilmente con que Florecilla se subiera sobre su lomo. Y así no habría dificultad alguna para que las dos llegaran, volando, al verde bosque que se veía cercano.

Mas nuestra amiguita no aceptó; sabía que su fuga habría de disgustar a doña Rata, que tan bondadosa se le había mostrado siempre. No se atrevió.

—No, no puedo seguirte—contestó decididamente a su amiguita.

—¿Es de veras que no quieres? ¿De veras, de veras?—insistió la Golondrina.—Pues, entonces, adiós, hermosa y buena niña.

Y agrandando el agujero hecho por el Topo, salió a la luz del sol y se alejó volando.

Florezilla la vió marchar con los ojos llenos de lágrimas, pues quería extremadamente a la avecilla.

—¡Tvit! ¡Tvit!—chilló el pájaro, en señal de despedida, en tanto volaba hacia el cercano bosque.



NUESTRA amiguita se quedó muy triste. Le hubiera gustado mucho poder acercarse al bosque dónde ahora vivía la Golondrina, pero no podía hacerlo, pues una de las prohibiciones impuestas por doña Rata, era la de que nunca saliera a tomar el sol. Y poco después, ni siquiera le quedaba el consuelo de poder contemplar el bosque, ya que el trigo sembrado en el campo inmediato llegó a ser tan



—NO, NO PUEDO SEGUIRTE

crecido, que equivalió a un espeso bosque para los que habitaban como doña Rata y Florecilla.

Un día empeoró la situación.

Doña Rata se presentó ante nuestra amiguita, frotándose las patas delanteras.

—¡Vaya, vaya! ¡Menuda suerte que tienes, niñita mía!—le dijo a su protegida.—¿Sabes? El vecino, que estaba aburridísimo, te ha hecho el honor de pedirte en matrimonio. ¡Ya ves qué gran distinción te hace el señor Topo!

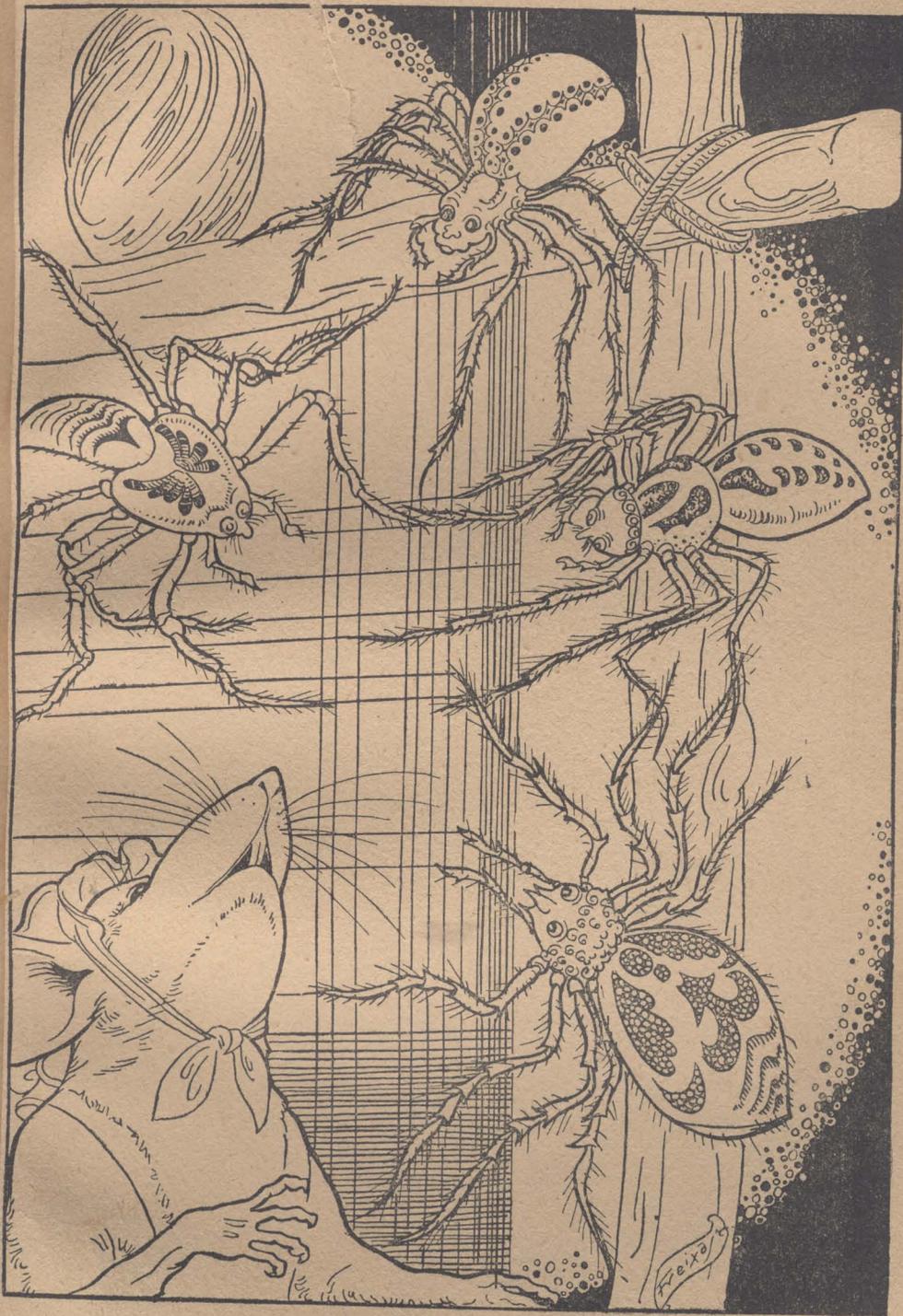
Si doña Rata se hubiera fijado en la cara de Florecilla, tal vez le habría parecido que ésta no agradecía mucho el "honor" en cuestión. Pero el buen bicho ni se fijó en ello, sino que siguió frotándose las patas y empezó a dar consejos:

—Durante el verano, convendrá que trabajes asiduamente para preparar tu canastilla de boda. Te daré lino y lana para que te hagas muchos vestidos y ropas interiores. Quiero que estés bien vestida para que el señor Topo se convenza de que eres digna de ser su esposa.

Así, pues, Florecilla se vió forzada a dar vueltas a la rueca. Por lo demás y de acuerdo con su idea, doña Rata se portó espléndidamente: alquiló cuatro arañas para que hilaran y tejieran de día y de noche en favor de la novia.

El señor Topo solía visitarlas todas las noches. El tema de su conversación era siempre el mismo: afirmaba y volvía a afirmar que en cuanto terminase el verano, el sol ya no calentaría tanto y que, por esto, se volvía la tierra dura como la piedra y ardiente como el fuego.

Y terminaba:



ALQUILÓ CUATRO ARAÑAS PARA QUE HILARAN Y TEJERAN

—Sí, en cuanto haya pasado el verano, se celebrará la boda.

Semejante futuro no complacía en absoluto a Florecilla, pues ya podéis imaginaros que no quería ni pizca al antipático señor Topo.

La pobrecilla, en cuanto rayaba el día, por las mañanas, y se ponía el sol, por las tardes, acostumbraba a asomarse a la puerta de la vivienda, esperando que el aire entreabriera los tallos del trigo para poder ver el cielo azul. Todo lo de fuera de la vivienda de doña Rata, le parecía hermoso y resplandeciente.

Sobre todo, de lo que tenía deseos, era de ver a la Golondrina. Mas ésta no se presentaba. Sin duda, debía de hallarse muy lejos; probablemente, volando por encima de los hermosos y verdes bosques.

Pasaron los días y los meses, y llegó el otoño. El equipo de Florecilla quedó listo por completo.

El día que se dió por terminado, anunció doña Rata:

—De aquí a cuatro semanas se celebrará la boda.

Esta vez, la niña no supo disimular y prorrumpió en llanto.

—¡Jamás consentiré en casarme con el bobo y antipático señor Topo!

—¡No digas tonterías!—exclamó doña Rata.—Y cuidado que te muestres testaruda, ¿eh? Como lo seas, te morderé con mis afilados dientes. ¡Tonta, más que tonta! Vas a tener un marido ideal y te echas a llorar... Ni la misma reina tiene un vestido de terciopelo tan hermoso como el del señor Topo. Y luego la cocina y la despensa de mi amigo; ¡si están llenas a más no poder! ¡Echarte a llorar!... Si deberías dar muchas gracias al cielo que te concede tal marido.



—¡VAS A TENER UN MARIDO IDEAL Y TE ECHAS A LLORAR!

En fin, que no le quedaba más remedio que casarse a la pobre Florecilla. En un día cercano, el señor Topo iría a buscar a la niñita y se la llevaría a su casa, debajo tierra. Ya nunca más podría salir a tomar el sol, pues como al señor Topo le era imposible soportar los resplandores ni el calor del astro del día, la pobre niña habría de vivir siempre en la oscuridad.

La desgraciada, cuando doña Rata la dejó sola, salió a la boca de la cueva a despedirse para siempre del brillante sol. Florecilla estaba muy triste: ¡tanto como ella amaba al astro rey! Hasta entonces, viviendo con doña Rata había podido asomarse siempre a la puerta para recibir sus rayos. Dentro de poco, en cambio...

Avanzó unos pasos, alejándose de la cueva de la Rata. Ya se había cosechado el trigo y como solamente quedaban en el campo los rastrojos, le era posible recibir las caricias del sol.

—¡Adiós, hermoso sol!—exclamó tendiendo sus brazos hacia el astro.—¡Adiós, adiós!—agregó poco después, abrazando el tallo de una flor roja que halló a su paso.— Si por casualidad, querida flor, vieras a mi amiguita, la Golondrina, hazle saber cuánto la quería...

Y en aquel momento, la niña oyó chillar sobre su cabeza:

—¡Tvit! ¡Tvit!

Florezilla alzó los ojos y vió que, justamente entonces, pasaba volando por encima de ella su amada Golondrina.

Esta, que había descubierto también a Florecilla, demostró a su vez una gran alegría. Al punto, descendió y se posó al lado de su amiguita. No tardó en darse cuenta



—iTVIT! iTVIT!

de que algo grave le ocurría, y quiso saber de qué se trataba.

—¡Ay!—suspiró la niña.—Es que, muy a pesar mío, me obligan a casarme con el feo del señor Topo. Y me veré condenada a vivir para siempre con él bajo tierra, donde nunca brilla el sol.

Y al mismo tiempo que refería la desdicha que le amenazaba, Florecilla derramaba abundantes lágrimas.

—Vas a sufrir porque quieres—aseguró el avecilla.—Se acerca ya el frío invierno y yo me dispongo a emigrar, con mis compañeras, a otros países más cálidos. ¿Por qué no te vienes conmigo? Podría llevarte montada en mi lomo. Tú te sujetarías con el cinturón ese que llevas y así podrías escapar del feo ese del señor Topo que dices y de su oscura caverna. ¡Te gustará mucho! Volaremos por encima de las montañas y luego verás el mar. E iremos lejos, muy lejos, hasta llegar a unos países cálidos donde el sol brilla con mayor esplendor que por aquí y donde siempre es verano y las flores abundan tanto como puedes imaginar. ¡Anda! ¡Vente conmigo, querida y buena Florecilla! Tú, que salvaste mi vida cuando yo estaba casi muerta de frío en el oscuro túnel, no puedes quedarte aquí. Me iría yo muy triste si lo hicieras.

Nuestra amiguita, seducida por la hermosa pintura que le hacía la Golondrina de aquellos lejanos lugares, exclamó con entusiasmo:

—¡Oh, sí, sí! ¡Me iré contigo, mi buena Golondrina!

Y así diciendo, se apresuró a montar sobre el cuerpo de la Golondrina, acomodóse bien, apoyó sus piecitos en una de las extendidas alas del ave y se sujetó con su propio cinturón.



POR DEBAJO DE ELLA, VIÓ FLORECILLA CÓMO DESFILABAN
BOSQUES Y LAGOS



Lavecilla emprendió en seguida rápido vuelo. Se elevó en el aire, y por debajo de ella, vió Florecilla cómo desfilaban bosques y lagos; pasó por encima de las más altas montañas, donde nunca se funde la nieve. ¡Ah, y cómo tembló entonces de frío la niñita, al recibir la caricia del aire helado! Por fortuna, para abrigarse, tenía las cálidas plumas del pájaro, entre las que se acurrucaba; solamente asomaba la cabecita, ansiosa de contemplar los maravillosos espectáculos que se ofrecían a sus miradas.

Largo fué el viaje, pero al fin llegaron a las regiones cálidas.

Allí resplandecía el sol con mayor intensidad que en las tierras que hasta entonces conociera nuestra amiguita. El cielo parecía tener doble altura. A las orillas de los caminos crecían abundantes y dulcísimas uvas; bosquecillos de naranjos y limoneros, se entremezclaban con mirtos y plantas aromáticas...

Florezilla vió también hermosísimos niños que corrían por caminos y senderos, persiguiendo a las mariposas multicolores. Y la Golondrina no se detenía, seguía volando, volando y, por momentos, aumentaba la belleza del paisaje.

Al fin llegaron a un lugar donde, bajo unos soberbios árboles verdes y a orillas de un mar muy azul, veíase un blanquísimo y magnífico palacio de mármol. El palacio era ya antiguo; multitud de parras rodeaban sus ma-



EL PÁJARO DESCENDIÓ LLEVANDO A FLORECILLA ENCIMA

jestuosas columnas. Y en lo alto de éstas veíanse innumerables nidos.

Nuestra Golondrina vivía en uno de ellos.

—Aquí tienes mi casa—dijo a Florecilla;—te la ofrezco gustosa. Pero si lo prefieres, puedes vivir en una de las hermosas flores que crecen allá abajo. ¿Te gustaría que te dejara en una de ellas? Escoge; podrás ser tan feliz como desees.

—¡Oh, me gustaría mucho vivir entre las flores!—aseguró la niñita, palmoteando de alegría.

La Golondrina se apresuró a complacerla.

Entre aquellas columnas, había una de mármol blanco, que, habiéndose caído, estaba tendida en el suelo, rota en tres pedazos. Y entre estos crecían las más hermosas flores que podáis imaginaros.

El pájaro descendió llevando a Florecilla y la dejó sobre una de las flores más grandes y hermosas. Luego, tras un alegre chillido de despedida, se alejó veloz.

¡Cuál no sería el asombro de la niña al volverse y encontrarse ante un hombrecito que se hallaba en el centro de la misma flor, la cual era de brillantes y hermosísimos colores!

El hombrecillo aquel resultaba ser de una estatura igual a la de nuestra amiguita. Sus sienes aparecían ceñidas por una corona de oro, y en sus hombros aparecían unas hermosas alas.

Era el Angel de las Flores.

Al seguir mirando la niña en torno suyo, descubrió entonces que en cada una de las flores que la rodeaban, había un ser parecido al que ya viera. Pero el que primero había encontrado Florecilla, era el rey de todos.

El diminuto príncipe, al ver a la niña, se sintió pren-



ESTA LLORÓ MUCHO, Y BESÓ REPETIDAS VECES EL PICO DEL AVE

dato de ella, pues era lo más hermoso que había visto en su vida. Al punto, sin pensarlo dos veces se apresuró a aproximársele, le preguntó cómo se llamaba y si le gustaría ser la reina de las flores.

Florequilla aceptó en seguida. Era aquel un marido muy distinto al señor Topo o a Sapito.

El príncipe quitóse la corona ciñéndola en las sienas de su prometida, y entonces, de cada flor, surgió una dama o un caballero, que acercándose, ofrecieron a la niña sus regalos. Pero Florecilla sólo aceptó un par de alas, que fueron sujetas a sus hombros. Con ellas, la niña pudo ya revolotear por donde quiso.

Todo era allí delicia y felicidad. La Golondrina también se sintió feliz, hasta que llegó el momento de regresar a Dinamarca.

Florequilla lloró y besó repetidas veces el pico del ave, que la consoló con la promesa de regresar cuando en Dinamarca llegara el invierno.

Marchóse, pues, la Golondrina. Y en Dinamarca hizo aquella vez el nido sobre la ventana de la casa en que vivía el hombre que escribió esta historia.

Y como la buena Golondrina se la refirió a él, así ha podido llegar hasta vosotros.



Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de es. género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

CUENTOS DE HADAS
JAPONESES

CUENTOS DE HADAS
INGLESES

CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM

CUENTOS DE HADAS
DE LA INDIA

CUENTOS DE HADAS
CHINOS



Presión de tinta : 30

URGEL
BARCEL

GORO
BUE LA 1650
AIRES

